

AÑO I—NÚM. 2

AZUL

REVISTA HISPANO-AMERICANA

SUMARIO

Crónica, Manuel Lassa.—*¡Excelsa!*, Pepita Vidal.—*A solas*, Eduardo Zamacois.—*La Virgencita*, José Durban.—*Observaciones*, M. Rodríguez Embil.—*Poetas nuevos*, Zahorí.—*Otoño*, Manuel Monterrey.—*Estatua viva*, Miguel de San Román.—*El mar*, Marcial Trilla.—*Horas de ausencia*, Andrés González Blanco.—* * *, Manuel S. Pichardo.—*Trovas*, Julio Florez.—*Papel impreso*.—*Libros recibidos*.—*Notas*.—*Fantasia crepuscular*, Eduardo de Ory.

FOTOGRAFADOS DE EDUARDO ZAMACOIS Y MANUEL MONTERREY

Zaragoza 15 de Septiembre de 1907.

AZUL

REVISTA HISPANO-AMERICANA

APARECERÁ QUINCENALMENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	DIRECCIÓN	ADVERTENCIAS
En Zaragoza, un mes. 0'30 ptas. Provincias, trimestre. 1 » Extranjero » 1'50 » Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25 »	Contamina, 24, 2.º ZARAGOZA	Toda la correspondencia al Director. No se devuelven los originales.

Director: **EDUARDO DE ORY**

COMITÉ DE REDACCIÓN

Pepita Vidal.—Andrés González Blanco.—Alberto Insúa.
Leocadio Martín Ruiz.
Luis Rodríguez Embil.—Marcial Trilla.

PRINCIPALES COLABORADORES

Aguilar y Cano (Antonio).—Cano (Carlos).—Cazaban (Alfredo).—Cestero (Tulio M.).—Dario (Rubén).—Dominici (Pedro César).—Durban (José).—Estelrich (Juan L.).—Fastenrath (Juan).—Gómez Carrillo (Enrique).—González Anaya (Salvador).—Jara Carrillo (Pedro).—Lassa (Manuel).—Ortega Morejón (José M.^a).—Pichardo (Manuel S.).—Rodríguez Embil (Manuel).—Rueda (Salvador).—Sawa (Miguel).—Ugarte (Manuel).—Villaespesa (Francisco).—Zamacois (Eduardo).

AZUL

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DIRECTOR: EDUARDO DE ORY

AÑO I

Zaragoza 15 Septiembre de 1907

NÚM. 2

JUVENTUD TRIUNFANTE



EDUARDO ZAMACOIS

CRONICA

ÁRBOLES CAÍDOS

Hay en un paseo muchos troncos derribados.

Uno es gigantesco, enorme; todos inspíranme lástima, pero ese coloso me infunde más piedad, como todas las grandezas caídas. ¡Pobre tronco! Tumbado junto al hoyo profundo que han tenido que hacer para arrancarlo, parece que van á darle sepultura. Sobre su espalda rugosa trepan los chicuelos, arrancan su corteza resquebrajada y aráñanle con clavos, piedras y palos.

Todos se atreven con el coloso caído que antes ostentara la pompa y lozanía de su dilatado ramaje. Cortados sus recios brazos; cercenadas sus robustas piernas que arraigaban en las profundidades de la tierra ahora removida, ni aquéllos mantienen ya la gala de sus multiplicados miembros vestidos de reluciente y rumorosa hojarasca, ni éstas se retuercen como sierpes socavando las entrañas misteriosas de la tierra. ¿Quién condenó á muerte á este gigante de las plantas? ¿Por qué el hacha amiga que lo podaba en la estación inverniza, contribuyendo á su engrandecimiento al repararle los miembros dañados sacrificados al bien de los demás, vino luego á convertirse en instrumento cruel de verdugo?

¿Cuál sería tu sorpresa, humilde coloso, paciente y buenazo gigantón, cuando te viste despojar de tus sanos brazos; cuando aquel hacha criminal no hacía mella solamente en tus ramas secas sino que seguía, seguía mordiendo en tus poderosos miembros fuertes, orgullo de tu recia musculatura? ¿Cuál sería tu dolor al verte hendir el pie que te sustentaba enhiesto, potente; firme; manteniendo la trabazón de tus retorcidas ramas que se bifurcaban mil y mil veces para dilatar tu majestuosa copa y hacerte grande, amplio, hermoso como un templo?

Buenazo gigantón, tú sucumbiste á la felonía de los hombres. En un antro concejil se dictó tu sentencia de muerte. Bajo el pretexto del ornato urbano, te hicieron perecer á tí que alegrabas la vida con tu verde frondosidad tamizada por los rayos del sol que doraba tus hojas; á tí, cachazudo y buen padrazo, que ocultabas con cariño los tiernos

idilios que aleteaban en los nidos á la sombra de tu follaje; á tí, amigo protector del sudoroso caminante que á tu sombra descansaba apoyando su espalda débil en tu poderosa espalda; á tí, paciente y sufrido amparador de nocturnos dúos amorosos que se mezclaban con los rumores de tus hojas siempre temblonas; á tí, ¡oh mudo testigo de las ansias de amor! que te dejabas arañar la recia costra con cifras, emblemas y leyendas de apasionados idilios.

¿Qué han hecho los hombres de tí?

¡Sólo eres un leño mutilado; grande, sí; gigante, enorme, pero derribado!

Caíste con toda tu pesadumbre; como el templo que se desploma. Por eso me das lástima.

MANUEL LASSA



¡EXCELSA!

Quiero un cielo todo luz;
quiero un mundo todo flores:
quiero que vaya mi cruz
circundada de fulgores.

No sentiré la subida,
por escarpada que sea,
del calvario de la vida,
de la vida de la Idea.

Subiré con ansia loca,
desdeñando los escombros;
treparé de roca en roca
con mi cruz sobre los hombros.

Iré sorda al clamoreo
de la turba fratricida,
sin hermano Cirineo
que me ayude en la subida.

Iré altiva y sonriente,
sin desmayos ni mudanzas;

grabaré sobre mi frente
las más bellas esperanzas.

Cruzaré llena de brío
por la senda del quebranto,
sin que sienta el pecho mío
ni la duda ni el espanto.

No tendrán que remolcarme
ni tendré que defenderme;
que nada podrá atajarme,
ni nadie podrá vencerme.

Iré las sombras huyendo
con tal ansia y tal ardor,
que al par que vaya muriendo
iré viviendo mejor.

En los picachos salientes
iré mi carne dejando;
irá mi sangre á torrentes
por la vertiente bajando.

Y cada gota de aquélla
sangre que arranque el amor
será en el cielo..... ¡una estrella!
será en el mundo..... ¡una flor!

Restos de una juventud
que no se rindió cobarde
y que tuvo la virtud
de hacer del bien noble alarde.

Luego, al llegar á la meta
del calvario luminoso,
por mi cerebro poeta
se difundirá el reposo.

Y espiraré con mi cruz
coronada de fulgores,
¡bajo un cielo todo luz!
¡Sobre un mundo todo flores!

PEPITA VIDAL.



  A SOLAS  

Al fin, estamos solos!

Todo el día anduve por ahí luchando, ocupándome de asuntos enojosos, oyendo conversaciones prolijas de gentes que no me importaban, abismándome neciamente en discusiones frívolas, infecundas, que fatigaban mi espíritu sin emocionarlo ni traer al pensamiento ningún resplandor nuevo.

Que jornada tan larga, tan estéril, tan fría!... Primero en la redacción buscando la noticia diaria, persiguiendo la actualidad fugitiva al través de la prensa de todos los países, sentado junto á la horrible mesa que devoró las energías de dos ó tres generaciones de periodistas, y donde veo jóvenes alegres, turbulentos, con negros cabellos y ojos curiosos, llenos de entusiasmo, y viejos secos, blancos, profusamente reflexivos en la elegante seriedad de sus levitas abrochadas, que muestran á la luz la melancolía elocuente de sus cabezas, plateadas por veinte años de labor anónima; después en la biblioteca del Ateneo, empachándome la memoria de enseñanzas y de nombres que necesitaba para la confección de mis próximas crónicas, un poco abatido ante la severidad majestuosa de aquellos estantes atiborrados por las obras mejores del humano pensamiento, cosecha óptica de concepciones sólidas, jugosas, que imbuían de soslayo á mi ánimo la convicción de la inanidad y superficialidad de mi trabajo precipitado; y finalmente, en el café, rodeado de amigos á quienes el lógico recelo de malparar una buena idea hacía reservones, adormecido por el humo de los cigarrillos y el desfile lento, monótono, desesperante, de las horas vulgares.

Afortunadamente todo eso pasó, y al fin estoy en mi despacho, á solas contigo, dulce compañera.

Son las seis de la tarde: los últimos resplandores de estos nostálgicos crepúsculos de invierno desfallecen en las cortinillas sutiles que cubren los cristales de mi ventana. Enciendo una lámpara: claridad suave invade la estancia; las marquesitas afelpadas insinúan en la penumbra sus panzas hospitalarias y muelles; por la calle, bajo los disciplinazos fríos del viento, un sexteto de ciegos pedigüeños pasó lentamente dejando tras sí el verbo triste, ceremonioso y caballeresco de una gavota antigua...

Todo calla. Ven, amada mía. ¡Tenía tantos, tantos deseos de soñar á solas contigo!...

El tintero está abierto; la pluma aguarda; tú descansas sobre el verde tapete de mi mesa de trabajo. Me siento; mis manos, febriles, impacientes, te oprimen, crispándose sobre tu cuerpo; tu cuerpo liso, blanco sin mácula, como la nieve de los picachos inaccesibles.

Un momento me pareció que tu rostro lívido, tu semblante extraño de objeto muerto, me miraba con expresión irónica, como dudando de que esta vez mis confesiones fuesen sinceras. Te engañas. Es cierto, sí que frecuentemente, obligado por exigencias de mi oficio, sacrifiqué mis gustos á la actualidad triunfante, y escribí de asuntos que no me interesaban, y simulé apasionamientos, y permití cobarde que mi pluma, siempre noble y leal, tuviese gestos de histrión. Pero ahora no sucede lo mismo: hay ocasiones en que hasta las voluntades más sufridas, necesitan tirar su máscara, recogerse en el santuario sagrado de su intimidad, «sentirse desnudas». Yo te diré lo que nadie sabe; yo te contaré lo que he amado, que fué mucho, y también todo lo que sufro, que no es poco, y todo lo que espero.

No te engañaré. Tú eres lo que más aman los solitarios: la hoja de papel que escribimos á solas y para desahogo del corazón cuitado; «la cuartilla» íntima, personalísima, que no ha de ir á la imprenta. Para tí, compañera amable de mis soledades, serán mis pensamientos más delicados y recónditos, las palabras de desmayo ó las protestas de soberbia que nadie ha oído, las guiños de dolor que nadie ha visto. Pensando en la hermosura de esta confesión, mi fantasía se exalta, los recuerdos se precisan, y un mundo oculto, guardado bajo los dobles cerrojos de la desconfianza y del recato, surge en mí con victoriosos relieves.

Te lo diré todo: tu cuerpo blanco, moldeable como el alma de los niños, excita mis nervios con un beso de idealidad; tú eres para mí rejilla de confesionario, viejo amigo que aconseja, amada inteligente que comprende, perdona y anima. Eres la verdad, la augusta verdad, que elegimos para goce nuestro, sin pensar en la belleza del último ademán. Eres el perfume de las almas, el pliego amarillento, escrito con tinta debilitada por los años, que un día los hijos descubren, llorando, entre los papeles del padre muerto.

EDUARDO ZAMACOIS.



LA VIRGENCITA

Pobre niña que encerrada
en la Casa de Salud,
sin amar ni ser amada
te pasas la juventud;

—
aunque durante mi vida
tan solo una vez te ví
no sabes niña querida
cuanto me acuerdo de tí.

—
Serios, adormidos, graves,
hicieron, con emoción
tus negros ojos suaves
latir á mi corazón;

—
con ansiedad intranquila,
vi una lágrima caer
de tu brillante pupila
que me miraba sin ver,

—
¡oh! niña, y me pareciste
cuando te miré llorar,
una Virgencita triste
inmóvil en el altar!...

Dejándote allí encerrada
volví á la batalla impía
de mi existencia agitada;
y aquella noche, alma mía,

—
olvidando mis dolores,
¡ay! soñé, lleno de pena,
con tus ojos soñadores,
con tu carita morena...

—
Pobrecita Dolorosa,
tiene, desde que te ví,
tu dulce imagen graciosa
un altar dentro de mí.

—
Ante él rezo yo, y espero
que tú me consolarás...
Quién eres saber no quiero,
niña, para los demás.

—
Para mí... En Ensueño blando
harás mis horas serenas;
tú me mirarás llorando,
yo te contaré mis penas...

De dulce cariño avara,
mi alma, en su inmortal anhelo,
verá en tu cara la cara
de la Virgen del Consuelo.

Y olvidaré cuanto existe,
viendo en mi Ensueño llorar
á la Virgencita triste
inmóvil en el altar!...

JOSÉ DURBAN.



OBSERVACIONES

En la medida en que un hombre oiga sin molestarse expresar ó discutir opiniones contrarias á las suyas, está la medida de su libertad interior.

— En ningún caso debemos decir: «Haré tal cosa»; sino más bien: «Hice tal cosa».

— La antipatía con que se mira en los Estados Unidos á los anarquistas, y que es aquí más acentuada que en Europa, reconoce como causa: el odio natural del constructor hacia el destructor...

— Yo creo que una de las señales más evidentes de libertad de espíritu, es la iniciativa, y otra no menos importante, la excentricidad. Son excéntricos, generalmente, los hombres superiores; y son también excéntricas las razas compuestas de individuos superiores

— He leído en alguna parte: «Las Sociedades están en plena eflorescencia cuando están en descomposición». Entonces, todo lo bueno y todo lo malo que estaba oculto, se desarrolla: fructifica.

— La intelectualidad está en razón á la Espiritualidad, como el cuerpo en relación á la substancia gris del cerebro. Sin el cuerpo, el cerebro no podría funcionar; sin el cerebro, que elabora primero los pensamientos, la Espiritualidad que sublima después esos pensamientos no podría manifestarse.

— Así como la ley del Mundo Animal es la de la Presa, la del Mundo espiritual es la de la Renuncia. Según se va avanzando en edad, se va renunciando á esto, á aquello. Voilá.

— Nuestra época es de maravillas. Al soplo helado de los genios de «Las mil y una noches», corresponde en nuestros hospitales el vaho sutil del cloroformo, que causa el mismo encantamiento.

— Comparando la vida moderna con la de la Edad Media, salta á la vista la diferencia enorme entre lo restringido del concepto que entonces se tenía y el que se tiene ahora. Del siglo diez y nueve al veinte, la vida ha ido haciéndose cada vez *más extensa*. *Extensión* es la palabra que mejor expresa lo que se ha ganado de entonces acá.

M. RODRÍGUEZ EMBIL

San Luis, Estados Unidos.



POETAS NUEVOS

Manuel Monterrey

Es el poeta del ensueño. Sus estrofas apacibles y sentimentales, llenas de vibraciones luminosas, parecen estar hechas para ser leídas en la paz de la campiña, ó al atardecer, en esa hora vaga del crepúsculo, bajo las frondas del bosque.....

Yo gusto de las rimas delicadas de este cantor melancólico, dulcemente melancólico, que con una humildad encantadora nos dice ingenuamente sus cosas, las cosas de su alma bondadosa y amable, verdadera alma de poeta.

Y es que Monterrey ha rimado su ser, su vida de paz; y sus ideas han ido brotando como las perlas cristalinas del surtidor de la fuente, como las flores en los jardines, como los rayos de sol.

Yo evoco á la Musa de Monterrey y contemplo una sencilla campesina que nació entre los aromas de la albahaca y el tomillo, y no ha escuchado otra música que el cantar de los pájaros y no ha visto otro cielo que el de su lugar. Su vida se va, diafanamente, deslizando sin ambiciones, sin deseos;

yendo detrás de su ganado, cuando el «Angelus» anuncia la llegada de las sombras.....

Si el amor llama á su corazón de virgen, entonces canta con una voz tenue su sentir hondo y sincero, pero su voz va, poco á poco, apagándose, y luego parece una queja doliente, una serenata de no-

tas suavísimas, como la que dice una nostalgia de algo que se aleja para no volver más.

Poresola obra *Mari-
posas Azules*, de Monterrey, alcanzará éxito; el principal mérito de ella es ser un libro sencillo, lleno de ternuras y aromas, donde los versos van surgiendo como por im-

pulso natural. Un libro, en fin, para almas sensibles y soñadoras.

Cuando, hace cuatro años próximamente, leí los primeros versos de Monterrey, no vacilé en afirmar que el creador de ellos sería, andando el tiempo, un verdadero poeta. Hoy al leer su producción, que tengo sobre mi mesa, he visto que mi vaticinio se ha realizado.

De aquí que envío al artista todos mis aplausos con el grito eterno: ¡Adelante!

ZAHORÍ.



OTOÑO

Para el poeta E. de Ory

Otoño viene. El pámpano rezuma
por el verde viñedo su ambrosía.
Otoño viene. El esplendor del día
lo mancha el gris de la flotante bruma.

El paisaje es un sueño que se esfuma;
su pálida visión incierta y fría,
nos deja una sutil melancolía
que dulcemente nuestro pecho abruma.

El verde obscuro de la fronda es oro
que al soplo de los cierzos otoñales
desciende á tierra en abundante lloro.

La lluvia bate triste los cristales.....
¡Templa, poeta tu laud sonoro
y dinos tus floridos madrigales!

MANUEL MONTERREY.

ESTATUA VIVA

Aprisionan las sedas de tu traje severo
la opulencia turgente de tu carne de rosa,
y tu sién acaricia blanca pluma rizosa,
ondulante penacho del gallardo sombrero.

Á la luz del sol, vibra tu cabello ligero
que se esfuma en dorada claridad luminosa,
y es la nota de vida de tu estatua de diosa
el fulgor gris y dulce de tus ojos de acero.

Cuando amores suspiras y tu seno de nieve
al isócrono ritmo del latido se mueve,
siento sed en mis labios ardorosos y mudos;
y quisiera con ellos recorrer tu escultura
y quedar apresado, por robar su blancura,
en la cárcel de flores de tus brazos desnudos.

MIGUEL DE SAN ROMÁN.

* * EL MAR * *

Yo soy un esclavo. Nacido en una población levantina, pasó mi niñez arrullada por el grandioso ritmo de las olas. La casa donde nací estaba cercana á la costa y desde mi cuna veía agitarse, bullidor, el mar, cuyas ondas se rompían en mil espumas de plata al estrellarse contra las rocas, ó se extendían en blanca sábana, cubriendo la arena de la playa. Yo gozaba al escuchar los bramidos hórridos de la tormenta y viendo las aguas levantarse como fantásticos castillos que caían con terrible ímpetu sobre las peñas. Aquella magnífica grandiosidad me encantaba. Me sentaba en la playa con los pies descalzos y me dejaba acariciar por las olas que incansablemente iban y venían...

Pero al ser hombre he perdido ese gozo, he perdido ese inefable encanto. Estoy recluso como un prisionero en una población interior, lejos del mar, lejos del elemento que me daría nueva vida, que alentaría mi espíritu amodorrado, que se hastía al divagar por estas calles sombrías, solitarias, de la ciudad. sin mar, sin playa donde las olas se extiendan como blanca sábana ó se estrellen en mil espumas de refulgente plata.

Mi alma se rebela. ¡Huye!—me grita—¡huye al mar! Necesito ver el grandioso espectáculo de la Naturaleza libre, ¡llévame al mar!

Y á media noche subo á un tren que en pocos momentos, al clarear las primeras luces de la aurora, me pone ante el paisaje de mis amores. Ya se divisa allá á lo lejos, perdida entre las brumas, la inmensidad azul.—¡El mar!—grito alborozado. Ya se va acercando, ya aspiro con deleite su aromosa brisa, ya las olas se rompen al pié del vagón, ya salpican mi rostro las espumas... ¡Oh, me siento nuevo!

Se aleja el mar. Entramos en la estación de la gran ciudad; descendiendo del vagón y me encamino presto á la playa. Paso por frente á la casa que albergó mi cuna. La fachada es la misma, pero su situación ha variado; ahora está lejos del mar. La avaricia humana ha ido conquistando el terreno que el mónstruo invadía y alrededor de la que fué mi casa, se han edificado otras muchas.

Ando unos cientos de pasos más y ya estoy en la playa. Me siento en la arena. ¡Ah! al fin saboreo en pleno deleite mi ilusión de tanto tiempo. Quiero recordar mis felices días infantiles y me descalzo dejando que las olas me arrullen cariciosas, blandamente... Soy feliz.

¡Oh, el mar es la vida!

MARCIAL TRILLA.



HORAS DE AUSENCIA

Por el dolor yo me he purificado;
siempre el dolor me vino á redimir.

Por el dolor yo me he divinizado.
Es uno santo á fuerza de sufrir.

¡Tardes de lluvia lenta, que he pasado
dentro del gabinete, sin salir!...

Vosotras me habéis extrahumanizado;
y á lo fatal me hacéis sobrevivir.

El cielo estaba gris y encapotado.
Quizás un transeunte retrasado
cruzaba, triste bajo el aguacero.

Y yo, oculto detrás de mi balcón,

sentía dentro de mi corazón
todo el dolor del Universo entero.

*
* *

Recuerdo, melancólico recuerdo, no me aflijas,
haciéndome evocar, como un sueño lejano,
la visión de una mano cubierta de sortijas
que, una noche de estío, ví pulsando un piano.

Los anillos tenían cierto reflejo humano
la intensa y vital lumbre de unas pupilas fijas...
Y se inmovilizaba en las teclas la mano
como los ojos de una madre sobre sus hijas.

La conjunción de aquellas teclas y aquellos dedos
suscitaba en mi alma los misteriosos miedos
que asaltan á la mente frente á lo Indiscernible.

¡Ah, de cierto, yo he visto en mi vida anterior
ese piano y esa mujer, mi único amor!...
¡Beatriz ideal, de carne incorruptible!...

*
* *

¡Oh, tristeza de los alegres Carnavales
que acaban siempre en un miércoles de Ceniza!...
Es como en los risueños días primaverales
si por el cielo cruza una nube plomiza!...

Este cansancio de buen tono nos enseña
que aún hay algo más noble que los giros del baile.
Y así en Carnaval, bajo la máscara risueña,
¡quién sabe cuánto lúbrico sueña en hacerse fraile!...

Notamos una extraña, doliente laxitud,
como si se nos fuese la alegre juventud
entre el aturdimiento locuaz de tanta gente.

Y al volver á la casa, ladeado el sombrero,
rociados de confetti, sin juicio y sin dinero,
una vez más sentimos nuestro espíritu ausente.

*
* *

Mis ojos tienen ciertos destellos oceánicos
como si hubiesen visto lejanas carabelas,
á pesar de que he oído á desdentadas abuelas
referirme los males de la vida y sus pánicos.

Dentro de mí repican crótalos, castañuelas,
y entono hacia la vida mis épodos peánicos.
Y mi espíritu lanza sus ímpetus volcánicos,
acompañando al claro tañer de las vihuelas.

La existencia tiene algo de esas estudiantinas
que cruzan por las calles en las noches de Enero,
anticipando ciertos aires de Carnaval:

Sólo es bella cruzándola con ansias libertinas,
con andares movidos y con aire torero;
y cierta fanfarronería algo sensual...

* * *

En noches del invierno, por las calles oscuras,
me han detenido ciertas miradas de mujeres,
que marchaban deprisa, quizás á sus quehaceres,
bajo el farol de claridades inseguras.

Esas miradas, ya libertinas. ya puras,
han removido todos mis íntimos quererres,
y así he sentido hacia esos desconocidos seres,
la más intensa y más noble de las ternuras.

Esa mujer pasaba como pasa un ensueño,
mostrándome la gracia de su rostro risueño...
Yo me quedaba atónito bajo la luz del gas.

Mirando á todos lados, con mágica sorpresa,
y pensando en tus ojos, incógnita princesa,
que acaso eres mi ensueño y no sé adonde vas...

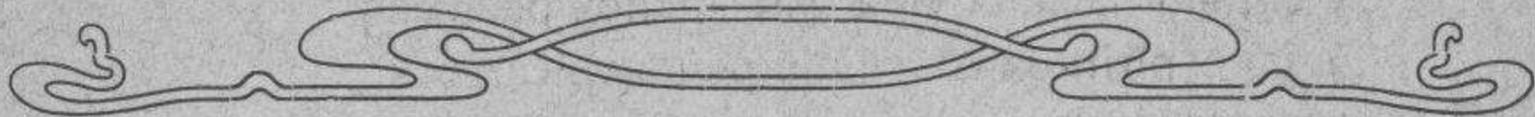
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

No adoro la hermosura
que con serlo se basta,
porque el tiempo desgasta
la frágil envoltura.

Amo la esencia pura
bajo la forma casta,
lo que el tiempo no gasta,
lo que vive y perdura.

No me arroba tampoco
gracia que bien no deja;
y á mi espíritu encanta
más que la luz, el foco;
más que la miel, la abeja;
más que la flor, la planta.

MANUEL S. PICHARDO



POETAS AMERICANOS

TROVAS

Si fuera un mar de cristalinas olas
y tú llegaras hasta mí por verlas,
ahí los dos con nuestro amor á solas,
¿sabes tú lo que haría,
hermosa reina mía?
¡Arrojar á tus pies todas mis perlas!

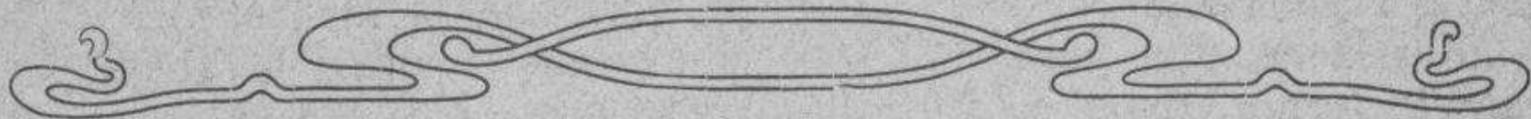


Si fuera un ciclo recamado de oro
y tú, paloma de impolutas alas,
llegaras hasta mí, tanto te adoro
que ¿sabes lo que haría,
hermosa reina mía?
¡Colocar mis estrellas en tus alas!



Y si fuera verjel y tú la fuente
que retrata en cristales tembladores
los lujosos cambiantes del Oriente,
¿sabes tú lo que haría,
hermosa reina mía?
¡Deshojar sobre tí todas mis flores!

JULIO FLOREZ.



PAPEL IMPRESO

(En esta sección daremos cuenta de los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares).

DE LUTECIA,
prosas de Pedro César Dominici.
París, 1907.

Pedro César Dominici es un distinguido escritor venezolano que desde hace algunos años reside en París, donde ha publicado y publica libros tan interesantes y bellos como *Dionysos*, para el que tuvo el egregio Vargas Vila palabras de entusiastas elogios. Ahora Dominici nos regala con otra nueva obra, que, como la anterior, ha de alcanzar un éxito extraordinario: *De Lutecia* es un libro de estilista y literato estudioso. En él se tratan muy diversos asuntos. Hay en él un estudio sobre la obra de *Jean Lombard* y otro sobre *Juan Cristóbal* por Romain Rolland. Además, en diferentes secciones en que está dividido el libro, figuran artículos muy interesantes sobre Corneille, Musset, Julio Verne, Sainte Beuve, Heredia y otros; é impresiones referentes á diferentes temas, sobre todo al teatro en París. Dominici pertenece á la juventud triunfante de América y esto nos releva de ditirambos que no necesita nuestro ilustrado colaborador, para brillar en el campo de las letras.

VENDIMIAS JUVENILES,
poesías por Manuel Ugarte.
París, 1907.

He aquí *otro* de los más brillantes paladines de la nueva generación intelectual, uno de los más gallardos y vigorosos talentos; que ha demostrado, en un período de tiempo relativamente corto, su valer innegable en diferentes géneros, porque Ugarte, puede decirse, que lo ha cultivado todo y con éxito, que es más aún: Oratoria, novela, cuento, filosofía, crónica, poesía.. Por eso no nos extraña que con la misma facilidad nos hable—en una prosa personalísima,—de los más intrincados problemas sociales, que nos muestre las sutilezas encantadoras de sus artículos, llenos de color; ó sus versos pasionales en ocasiones y en otras acerados y valientes. Si sus anteriores obras no le hubieran dado el renombre literario que, en tan pocos años, ha adquirido, *Vendimias Juveniles* le daría ahora justa fama de poeta exquisito y sentimental. Este libro luminoso, lleno de matices y cambiantes, se nos presenta como un bouquet de diversas y aromadas flores. Junto al sencillo madrigal—que es el sinónimo del jazmín—encuentra el lector versos de pasión—lirios y violetas—ó estrofas de hierro que son las adelfas. Las adelfas que, luego, se convertirán en laurel para la frente de este joven Príncipe de la lírica argentina-parisién. Manuel Ugarte puede es-

tar satisfecho de su labor; porque en España y en América es ya su firma conocida como poeta, literato y sociólogo.

LA ENAMORADA INDISCRETA
Novela por Pedro de Répide
Madrid, 1907.

A Pedro de Répide pudiera, sin escrúpulos, llamársele el clásico de la nueva generación española. Este es el elogio mayor que puede hacerse de la labor de este escritor joven y prestigioso que continuamente en la prensa está dando muestras de su ingenio privilegiado.

La Enamorada Indiscreta, novela publicada por el incansable editor Pueyo, es, sin duda alguna, la mejor obra de Répide. Con calurosos elogios han saludado su aparición los críticos más notables y los principales periódicos. Por esto no debo yo estampar aquí nuevas alabanzas que vendrían á ser una repetición de las ya prodigadas al conocido autor de las *Conciones de la Sombra*. En cuanto á hablar del argumento no lo hago porque ya otros diarios lo han publicado al ocuparse de la citada novela, que bien puede decirse que es una de las mejores de estos últimos tiempos.

LIBROS RECIBIDOS

Gérmenes (poesías) por Pedro Jara Carrillo.—Murcia.

Cocuyos (poesías) por Pedro Jara Carrillo.—Murcia.

Prosas íntimas por Ramón Pontones.—Murcia.

Almas vulgares (boceto de Comedia) por Miguel San Román.—Valladolid

Rimas del Trópico (poesías) por Alfredo Gómez Jaime.—Madrid.

Mariposas azules (poesías) por Manuel Monterrey. Badajoz.

NOTAS DE “AZUL,”

El notable compositor aragonés nuestro amigo D. José Beltrán, ha tenido la amabilidad, que le agradecemos, de dedicar á nuestro director afectuosamente, un precioso Vals Bóston para piano, que lo ha bautizado con el nombre de «Azul».

Hemos tenido ocasión de escuchar dicha delicada composición musical que resulta del mejor gusto y por la que felicitamos á su autor muy reconocidos á su obsequio.

El mismo testimonio de gratitud hacemos á la interesante revista literaria de Leon (Nicaragua), *La Patria de Darío*, por las palabras de cariño que dedica á nuestro director con motivo de la aparición de su libro «La Primavera canta». Gratitud que hacemos extensiva á la prensa del Sur de América, pues por el citado colega nos enteramos que toda ella se ha ocupado, con elogios, de la última obra de Eduardo de Ory.

A todos los colegas que con palabras de cariño han saludado la aparición de nuestra revista, les enviamos el homenaje de nuestro reconocimiento.

FANTASÍA CREPUSCULAR

PARA RUBÉN DARÍO

Es la tarde. Las frondas dicen sus rimas
A los tenues azures de los espacios.
Las águilas revuelan sobre las cimas
De las rocas gigantes como palacios.



El mar, lejos, repite su amarga queja
Con una melodía de serenata...
De la cercana Ermita la esquila vieja
El «Angelus» anuncia con su voz grata.



Todo es paz. Todo calma. Todo dulzura.
Tan solo, bajo el palio del bosque umbroso,
Pensando, en sus quimeras y en su amargura,
Va el poeta, el eterno ser misterioso...



El sol váse ocultando tras de los montes
Y es como un beso de oro prendido á un velo.
Un beso que ilumina los horizontes
Y une el cielo y la tierra, y el mar y el cielo...



Luego, la lejanía tiende su manto.
Finge como un incendio de inmensa fragua...
...Y un pájaro vibrante modula un canto
Del liróforo egregio de Nicaragua.

EDUARDO DE ORY.

Advertencias importantes

Consideramos como suscriptores á todos los señores que han recibido nuestra Revista y no la han devuelto á esta Redacción.

Con el fin de regularizar la buena marcha administrativa, suplicamos á los señores residentes en provincias que hayan recibido "Azul,, y acepten la suscripción, que nos envíen el importe del trimestre.

CORRESPONSALES DE "AZUL,, EN AMÉRICA

En Bogotá (Colombia), Víctor M. Londoño.

En Coro (Venezuela), Felipe Valderrama.

En Guayaquil (Chile), J. A. Alminate.

En Habana (Cuba), Esteban Foncueva.

En León (Nicaragua), Lino Argüello.

En Méjico, Pedro Henriquez Ureña.

En Panamá (Colombia), Guillermo Andreve.

LA LUZ

Grandes talleres de Fotograbado

Línea.-Directo.-Tri-color.

Dibujos para clichés.

Coso, núm. 135

ZARAGOZA

Fotografía GRECO

DE

J. JUDEZ

Torre Nueva, 41, Zaragoza

Retratos al platino. — Ampliaciones y reproducciones. — Novedad en postales platino.

LOS VALSES DE MODA SON

“Amor y vida,,

“El beso,,

DEL MAESTRO

JOSE BELTRÁN

DE VENTA

en casa de **E. LUNA**

plaza de la Constitución

Librería, Papelería
y Objetos de escritorio

DE

CECILIO GASCA

Coso, 33, Zaragoza.

Obras de texto para todas las carreras.—Novedades literarias.—Inmenso surtido en tarjetas postales de vistas y fantasía.

Camisería y Corbatería

— DE —

MANUEL SANZ

COSO, 66

(frente á la calle de San Gil)

ALTAS NOVEDADES

SOMBRERERÍA

— DE —

JORGE GRACIA

Coso, 58, Zaragoza

Novedades para niños

1000 modelos en sombreros ingleses

Inmenso surtido en gorras, roses, teresianas y efectos militares —Trenas blancas para todos los cuerpos.—Sombreros de teja, castor y seda.

OBRAS RECIENTES

Lira Andaluza (poesías), por Pepita Vidal.—Córdoba, Tip. «La Verdad», 3'50 pesetas.

Vendimias Juveniles (poesías), por Manuel Ugarte.—París, librería Garnier hermanos, 5 pesetas.

De Lutecia (prosas), por Pedro C. Dominici.—París, P. Ollendorff, 4 pesetas.

Tierra Sultana (prosas), por Leocadio Martín Ruiz.—Madrid, Antonio Marzo, 1'50 pesetas.

La Primavera canta... (poesías), por Eduardo de Ory.—París, librería Hispano-Americana, 1'50 pesetas.

Los pedidos de estas obras pueden hacerse á la librería de Pueyo **Mesonero Romanos, 10, Madrid.**